

## Capítulo XIII

## Corto de Dinero, Corto de Tiempo.



**A** medida que vamos envejeciendo y con el pasar del tiempo, a veces uno va perdiendo el humanitarismo y el altruismo que tuvimos en nuestra juventud. La nación que no cuida de sus generaciones jóvenes —como pasa en los países del Tercer Mundo— se hace un perjuicio a sí misma. En muchos países de Latinoamérica, raramente ayudan a su juventud; especialmente a los indígenas, mestizos y negros. No los aprecian por lo que son, o peor hacen que ellos no se sientan como ciudadanos de la misma nación. *¡Esos países son como algunos padres que no gozan de los primeros pasos que dan sus hijos, truncando el temprano desarrollo de su potencial humano y así asfixiando el espíritu de su gente joven y haciendo que sus almas lleguen a ser pobres y miserables!*

El alma de estos países está tan dividida en clases sociales, donde una desprecia a la otra, tan sólo por el grado de su mixtura racial, dando ventaja al mestizo de piel más clara.

La discriminación en aquellas naciones es tan penetrante, y tan arraigada, que parece como si fuera una característica nacional.

*Uno no ve progreso en su erradicación y sólo las fuerzas de la naturaleza, podrán cambiar esos maléficos genes y hacer de aquellas gentes insensibles, nuevos seres humanos, que se respeten el uno al otro, no por su color o estado social, sino por el contenido de sus almas.*

Mientras crecía vi tantas injusticias en las clases sociales en mi país de nacimiento, que han dañado mi espíritu, haciendo que no me importe dónde esté, ni cuán afortunado sea, o cuán feliz me sienta, *¡siempre habrá una tristeza en mi alma! Es como sentir una soledad existencial, en una vastedad de desesperación, añadida con la incertidumbre de nuestra existencia y el inevitable fin de nuestras cortas vidas; dejándonos a veces, incapaces de cambiar nuestros destinos.*

*Cada viaje que he realizado para ayudar en países necesitados, han dejado un vacío en mi corazón y una profunda frustración debido a mi inhabilidad —y tal como en otros— de hacer algo significativo, excepto pacificar mi alma con frecuentes misiones médicas; ¡para ayudar a pocas gentes que ya estaban muertas en espíritu, pero con vida en cuerpos enfermos! Empero, aun así, recibo la inmensa recompensa moral de la gente en los países donde he ayudado.*

¿Cómo poder enfrentar la conciencia enferma de una nación?, ¿cómo podría uno borrar las cicatrices del pasado?, ¿cómo proteger los capullos que están bajo la sombra de los monstruosos árboles de iniquidad? *¡Oh!, si se pudieran tener unas gigantescas tijeras y cortar las arraigadas ramas de esos añejos árboles de injusticias y dejar que pasen unos cuantos rayos de luz —quizás tan débiles como nuestros deseos— iluminando aquellas semillas de esperanza para que crezcan en estas grandes florestas de desolación. Estas nuevas ramas humanas formarían enredaderas que alcanzarían y absorberían esos grandes y grotescos troncos cicatrizados por los gritos vanos del pasado y por la indiferencia del tiempo.*

Uno podría vivir como muchos otros para formar una familia feliz; lleno de realizaciones y logros, trabajando y cosechando las recompensas, e ir al retiro y al término de nuestra existencia. Esta es la forma de vida en una nación desarrollada y de las gentes satisfechas con su mundo material, pero que no han mirado a su alrededor y visto las aberraciones de la sociedad en que viven, aun en un país tan avanzado como el que me ha adoptado. ¡Sí!, Estados Unidos, también tiene sus injusticias, ¡pero uno tiene la libertad de estar involucrado o no para ayudar!, sin sufrir esa devastación moral y espiritual que uno siente cuando no se ayuda en los países del Tercer Mundo.

Estados Unidos es un país cuyos comienzos fueron fundados bajo la iluminación de un manto moral y espiritual. Aunque su historia está marcada por la esclavitud de los negros, la aniquilación de los indios y la discriminación de otras razas. Sin embargo, en más de los dos siglos de su existencia como nueva nación, su historia refleja la erradicación gradual del pasado con visibles hechos de libertad y justicia, para la gente que fue subyugada. Pero, esto no ha sucedido enteramente por la caridad o compasión a la gente que subyugó, o con la ventaja de un sistema político basado en democracia y libertad; muy por el contrario, estos cambios fueron y son obtenidos por los mismos oprimidos. *Porque el espíritu de estas gentes está flameando con optimismo; la voluntad de luchar contra el opresor, está en sus corazones. Estas cadenas pueden ser fácilmente rotas; son plásticas y modernas y no están endurecidas con el pasar del tiempo y la monotonía de los siglos. ¡El país es un mar de esperanza, con hambrientos tiburones e indefensos peces buscando un nicho para protegerse y gozar de la vastedad de posibilidades!*

*He llegado al altiplano de mi vida después de haber caminado las tortuosas montañas; sin embargo aún quiero ver más cumbres y valles,*

*pero que den paz espiritual como cuando se está en el Gran Cañón del Colorado, y no como cuando se está en las traicioneras aguas del Pongo de Manseriche en las vertientes iniciales del río Amazonas.*

Fue en esta etapa de mi vida, que empecé a ir en misiones médicas y a sentir en mi alma la existencia de los pobres y desvalidos en estos valles olvidados.

Con el correr del tiempo, y en la recapitulación de mis viajes, siento que esos fueron los momentos más satisfactorios de mi vida. La belleza de la naturaleza disfrutada conjuntamente con esas gentes, *¡serían incomparables con una civilización compacta donde casi nada es natural, donde todo es profano, y donde uno llega a ser tan pobre en espíritu, que la sed del alma sólo puede ser saciada por la adquisición de más bienes materiales!* Es así, que quizás, tengo lo mejor de ambos mundos, pero mi confusión se acrecienta con el dilema de haber vivido años de juventud y desarrollo en dos mundos tan distintos.

Empecé a buscar fundaciones para ayudar a gente en necesidad en países como Brasil, Perú y México. Encontré pocas instituciones con este propósito, y por lo general, uno tenía que actuar por propia iniciativa y con medios personales.

Hice mi segundo viaje al Perú allá por el año de 1974, esta vez al Hospital Amazónico de Yarinacocha. Este nosocomio en plena selva, fue construido en 1960 por europeos y peruanos, que estaban interesados en ayudar a las tribus de la amazonia y a los pobres de la región, dando cuidado médico gratuito. Muchos voluntarios y donaciones llegaban de todo el mundo. Era una institución bien organizada, sin intereses económicos, religiosos o políticos. Trabajando en este hospital, uno podía aprender su historia. Tal como muchas otras instituciones caritativas, este hospital también tuvo

un comienzo turbulento debido a la falta de dinero, problemas políticos y dificultades internas. Además del cuidado médico y quirúrgico, también promovía Medicina preventiva, enseñando higiene, nutrición, y el cuidado de los niños. A veces algunos casos serios se referían a otros hospitales de la región, si era necesario.

El propósito del hospital era también ayudar a las tribus a mantener su integridad y su identidad como gentes originales de la amazonia y a adaptarse a una usurpante civilización sin rendir y olvidar sus formas de vida, costumbres y su lenguaje.

El Hospital Amazónico, situado sobre las colinas que miran el lago de Yarinacocha, y en plena selva; tenía cuarenta camas, e incluso una pequeña morgue.

*Los muertos no tienen tiempo para el "rigor mortis" y empiezan a descomponerse muy pronto en este clima caluroso. La morgue era una pequeña construcción de madera.*



Los médicos eran voluntarios de muchos países, que donaban sus servicios por semanas o meses, incluyendo estudiantes europeos, que venían a estudiar Medicina tropical. Para llegar a las villas lejanas o perdidas en la profundidad de la selva adonde no se podía llegar por bote, se usaban aviones de los misioneros religiosos de Estados Unidos a veces llevando “doctores descalzos”, que eran gente de áreas locales que recibían enseñanza de Medicina rudimentaria y eran enviados a sus villas, para dar cuidado médico primario. En este hospital, conocí al doctor Jim, un médico canadiense, dedicado a su trabajo, y hábil en toda clase de cirugías.

En los Estados Unidos, hice los preparativos para mi viaje, escogiendo las fiestas de Navidad, debido al decrecimiento de visitas a mi consultorio. Mi alma estaba en un dilema con el sentido del “deber” porque iba a ayudar, y de “culpabilidad” porque iba a dejar a mi familia por esos días tan solemnes. Mi situación económica no era sólida, y no tenía seguro de vida ni de salud.

Tenía nostalgia por el Perú y mi propósito era ir a trabajar y esperaba que esto fuese un reto suficiente para satisfacer mi deseo de ayudar. Llené mi mochila con Medicinas, jeringas, y en esta misión: “pequeñas agujas para niños”. Compré suministros de equipo del ejército y dejé todo lo superfluo, no llevaba cosas de valor, como radios, televisores o cámaras fotográficas. Esta vez no viajaba en avión de hélices, sino iba en jet. Mi apariencia no era arrogante y ahora tenía una barba permanente, que me había dejado crecer en los tumultuosos años de 1970. El viaje fue rápido y la siempre brumosa Lima ya estaba en el horizonte. Una vez en tierra, el olor era tan usual —una combinación de humedad y el olor de alimentos no producidos en fábricas—. Caminé sobre el descuidado mármol verdusco del aeropuerto. Los policías con uniformes, y pistolas

en blancas fundas, estaban siempre presentes con sus suspicaces miradas, pero con un sencillo caminar.

Las autoridades aduaneras parecían casi sorprendidas de que yo viajara tan livianamente, ya que no traía nada de valor, a excepción de algunos instrumentos médicos, y Medicinas que ellos no deseaban embargar o perder su tiempo con revisarlos.

Afuera del aeropuerto, todo era un pandemónium: los taxis, los pequeños ladronzuelos y la gente que venía a recibir a los viajeros. Mis padres, se veían con más arrugas y más tristes que cuando los dejé la última vez. *¿El hijo había vuelto, pero no parecía próspero?* Estaba en ropa de faena, botas de soldado y llevando una mochila, que eran productos descartados de la guerra de Vietnam. *¿Era ésta la imagen de un médico que se había graduado en el país más grande del mundo, y con tanto sacrificio?* Podía mirar sus caras de desaprobación, aunque ellos se sentían felices de verme una vez más.

Salimos en el carro de mi padre y dejamos el ruidoso aeropuerto. Mientras miraba a través de la ventana, podía ver a la gente en ropas oscuras, lento caminar y quizás con pensamientos tristes; aun cuando reían. Las calles asfaltadas, estaban llenas de huecos y las veredas rotas. Las casas de cemento armado se veían atractivas, aunque muy pocas nuevas casas y edificios habían sido construidos desde la última vez que salí y mayormente estaban llenos de polvo por la falta de lluvias. Mi alma se sentía triste, pero mi mente estaba feliz por estar en el lugar de donde procedía y por ver a mis padres que me traían gratas memorias del Amazonas.

Llegué a la casa de ellos donde nunca había vivido. El hogar tenía un aire de quietud, y en la calle reinaba el silencio; no había autopistas cercanas.

Empezamos a recordar viejos tiempos y hablamos sobre mi inesperado viaje al Hospital Amazónico. Ellos pensaban que yo no

estaba cuerdo. Había mucho que ver en Lima, donde tantos adelantos modernos estaban sucediendo. Querían llevarme a los mejores lugares, especialmente a las zonas más hermosas y exclusivas de Lima, como San Isidro y Miraflores.

Mis padres no llegaban a entender, que mi intención era ayudar a los pobres y gozar de la naturaleza. Yo esperaba trabajar tanto como fuera posible y hacerlo en corto tiempo. De algún modo entendieron mis sentimientos, porque previamente vieron cuán feliz estuve a mi regreso del terremoto de 1970 en el Callejón de Huaylas. Esta vez sólo estaría con ellos en mi último día de estadía en el Perú, *¡después que yo hubiera hecho mi misión médica, limpiando así mi conciencia como una confesión!*

Acomodé mi mochila y salí para el aeropuerto al día siguiente. Ahora me sentía más como un peruano. El regionalismo del lugar se apoderó de mí rápidamente, y me sentía más cómodo. El olor de la ciudad, el aspecto de la gente y los baches en las calles, ahora eran más aceptables. En el aeropuerto, en la sección de vuelos nacionales, la gente con niños y bolsas provisionales estaban abordando pequeños aviones para dirigirse al interior del país. No había necesidad de lujosas vestimentas, corbatas o cámaras. Esta era la vida real y no el espectáculo, a veces, pretencioso de Lima. Subí a un pequeño avión de "Faucett" para Pucallpa. Al sentarme en el estrecho asiento, esto me trajo recuerdos de mi tucán con su largo pico y su pintoresca cara, y los momentos cuando compartimos el oxígeno, años atrás. Aún podía sentir sus garras sobre mis manos, que no habían sido desfiguradas por el trabajo manual.

¡Oh, Lima, tu escenario no ha cambiado, sólo has crecido! Cruzamos los frígidos y elevados Andes, aterrados de pensar que cualquier cosa podía suceder aquí, pero la vista era hermosa; con

cumbres de nieve perpetua que se veían pasar rápidamente. Luego de volar por un rato, se sentían el calor y la humedad de la selva, y abajo se veía una verde alfombra que nos daba la bienvenida. El río Ucayali, con curvas como una serpiente, y sus tributarios, hacían un juego de rompecabezas conmigo. Me vino un pensamiento macabro: ¿no sería mejor caer en esta área, si hubiera un accidente, entonces, por lo menos, nuestros cuerpos se podrían regenerar en abundante vida, en este paraíso selvático; tan distinto que si algo así nos pasara en los desolados Andes?

Aterrizamos en un aeropuerto abierto a la naturaleza. Podía sentir la calurosa y húmeda brisa rodeando mi cuerpo como si fuera un viejo amigo gigante dándome la bienvenida.

Tomé un taxi al Hospital Amazónico, ahora la selva no era tan virgen como cuando estuve años atrás, siendo niño; polución y automóviles, eran parte del escenario. El vehículo se movía dificultosamente, mi alma y mi cuerpo eran sacudidos en esta carretera, pero yo estaba lleno de entusiasmo. Árboles y matorrales en abundancia a los costados del camino, daban un verdor general y natural, incluso las mismas casas eran de materiales que crecen en esta selva.

El hospital ya descrito, olía a antisépticos, enfermos y muertos. Todo se descompone rápidamente en la selva, los muertos no tienen tiempo para adquirir el “rigor mortis” y no muy lejos, se veía una pequeña casa de madera que era la morgue.

Me presenté ante el doctor Jim, que estaba rodeado por enfermeras y médicos en uniformes blancos. Todos parecían reverenciarlo; yo mismo sentí admiración por su aire de humildad y su energía ilimitada. Tenía el cabello corto, ojos azules, y aunque parecía bajo en estatura, era más alto que yo. Usaba pantalones cortos

y estaba siempre sonriendo, aunque se veía preocupado. Sus médicos asistentes eran suecos e ingleses y habían varios antropólogos de otros países, que estaban estudiando y ayudando a los nativos con sus problemas sociales.

Sentía que dudaba de mis intenciones; yo carecía de una carta de presentación o recomendación, y él no tenía idea de mi persona. Le dije que era un pediatra graduado en Estados Unidos, que tenía experiencia en este tipo de trabajo y que deseaba trabajar por un mes. Llegó a darse cuenta que yo era un extraño como él y que quería ayudar gratuitamente. Pero estoy seguro, que aún así, tenía ciertas reservas en su mente, acerca de las razones de mi presencia en este lugar. Sabía que los médicos en el área, no hacían trabajo voluntario, probablemente en su mayoría por razones económicas.

*Muchos doctores en el Perú trabajan en modestas condiciones, baja remuneración, falta de equipamiento, y en un país con severa división de clases. Sin embargo, la mayoría de médicos peruanos en el curso de su trabajo, ayuda a mucha gente y como un "Buen Samaritano", permanece incógnito. Uno puede especular, ¿porqué los médicos del país no estaban ayudando? Creo que nosotros los médicos, algunas veces, somos injustamente juzgados, lo que hace nuestra posición vulnerable.*

A pesar de ser nuevo en el lugar, los trabajadores en el Hospital Amazónico empezaron a tratarme como si hubiera estado por algún tiempo en el lugar. Me dieron un cuarto en el edificio de las enfermeras y doctores extranjeros, un lugar moderno y mejor amueblado que el de los trabajadores peruanos. Puse mi mochila en el piso; saqué mi estetoscopio y lo coloqué en una silla de madera, como si se tratara de mi única compañía. Este estetoscopio era lo único que podría darme crédito y ganar la amistad de la gente, especialmente de aquellos niños con sus rostros sucios, sus dientes

picados y sus cálidas sonrisas, también sería el instrumento, que colocaría en el pecho de la gente moribunda, para no oír más los latidos del corazón, y que dilató mis pupilas en encanto cuando lo usé por primera vez en la escuela de Medicina.

Me bañé en una ducha de agua fría que en sí era “caliente” y me quitó el sudor y el cansancio, en este clima insoportable. Me vestí con ropa liviana y salí a comer cruzando el patio. Los sonidos y la sensación de la selva me traían recuerdos de mi juventud: el ruido de los millares de insectos, el sonido de los pájaros, la vista de los grandes sapos comiéndose a los sapos pequeños y aquéllos siendo devorados por las serpientes. La vida y la muerte eran continuas, incluso nuestros propios cuerpos llegaban a ser parte del festín de los mosquitos que pueden propagar las más mortales y desconocidas enfermedades en climas temperados.

Después de cenar, regresé a mi cuarto vacío y casi sin muebles. Me sentía solo, mientras la oscura selva estaba viva con los sonidos de la abundante vida animal. Pensaba en mi familia en los Estados Unidos, y un pesar inerte vino a mí, casi como un sentimiento de inutilidad de nuestra existencia. Angustioso esperaba por el nuevo día, para trabajar hasta cansarme de la tarea cotidiana, y para que este vacío existencial fuera llenado con la penumbra del sueño. Vino la mañana muy rápido, y el sol caluroso apareció, los insectos no eran tan ruidosos y el calor era ya agobiante. Me puse mi ropa blanca de cirugía, después de un rápido baño.

Tomé un desayuno simple. El doctor Jim, había hecho ya visitas médicas en la enfermería y estaba listo para hacer operaciones. Fui designado a la clínica de pacientes externos. Una enfermera me llevó a mi lugar de trabajo que parecía un mercado, con gente que se veía vieja, a pesar de ser joven; bebés prendidos de los senos

colgantes y vacíos de sus madres; niños de rostros pálidos aferrados a sus padres. Parecía un gigante comparado con esta gente, aunque yo era uno de ellos. El olor era penetrante, el sufrimiento de sus vidas era indefinible. Entré al cuarto de exámenes que tenía un pequeño escritorio de madera, encima del cual, había un antiguo estetoscopio “Laennec” de madera, que era una réplica del rudimentario instrumento inventado por éste médico francés en 1770, para auscultar el corazón y el pulmón, el mismo que hasta ahora era usado en estas áreas.

Comencé a ver los niños con sus madres, quejándose —eternameamente— sobre la falta de apetito, severas diarreas, deshidratación y otros síntomas típicos del tercer mundo. Nuevamente sentí como si estuviera en Saint Louis, en el hospital de la ciudad. *¡Tenía que trabajar duramente por compasión de los pacientes y aprender rápidamente por la necesidad de hacer el bien!* Las enfermedades que veía eran tan diferentes a las de los Estados Unidos que yo era casi un neófito en el campo de la Medicina tropical, pero las enfermeras y los otros ayudantes habían tratado estos males tan comunes por años y me enseñaron a diagnosticarlos y tratarlos. El manejo de la clínica se había hecho tan rutinario que su eficiencia era bien recibida. En estos lugares, el médico es un símbolo de esperanza, simplemente por ser un médico. *¡Esta gente estaba esperando milagros!* Las enfermeras sabían que nosotros podíamos ayudar a un niño en el primer día, pero un día después, este niño volvería en peor condición, y a la semana siguiente ese mismo niño podría estar muerto.

*La curación no está con el doctor ni en las medicinas; sino en las manos del Gobierno y la sociedad. La erradicación de las enfermedades debe estar en la enseñanza a las masas que se reproducen tan alarman-*

*temente, ¡y donde el denominador común es la muerte y el numerador es la supervivencia del más fuerte!*

*¡No había razón de engañarnos entre nosotros. ¡Sí!, estábamos ayudando, pero se sentía —más— como si estuviéramos escalando montañas de “jabón”, en las que por cada paso tomado hacia arriba, resbalábamos dos pasos hacia atrás. Tratábamos de usar nuestras manos tan sólo para que nuestros dedos se aferraran al crepitante vacío de la “espuma” de la desesperanza! A pesar de todo aprendía rápido. No había tiempo para meditar o reflexionar; la gente estaba esperando para que los curáramos. Teníamos que darles algo y al fin del día se sentían contentos porque habían tratado de hacer lo mejor para ellos o sus hijos; lo cual era ir a ver al médico y nosotros satisfacíamos ese deseo. Algunas gentes habían vendido todas sus pertenencias y navegado los lejanos ríos por días, trayendo a sus agonizantes niños para que los tratáramos. Cuando les decíamos de la imposibilidad de una cura, sus caras y sus almas se aliviaban como si el peso de las posibilidades hubiera sido removido de sus hombros. Se mostraban tristes, pero estoicos y también resignados, porque habían hecho todo lo posible y éste era el último lugar de esperanza. ¡Eramos las últimas personas que les diríamos que ellos, ya, habían llevado suficiente infortunio y podían ahora estar en paz con sus conciencias, dejando que sus niños gravemente enfermos regresen a las puras neblinas del cielo de donde vinieron!*

El doctor Jim tenía un trabajo más recompensable, como es para la mayoría de los cirujanos. Él curaba enfermedades casi en frente de los estupefactos ojos de los pacientes. Removía grandes tumores, cataratas y todo aquello que podía ser extirpado y producir una inmediata cura o alivio. Quizás, es por eso que él podía estar en este lugar por tanto tiempo; cada día, cada paciente era un

éxito. *¡En cierto modo, lo envidiaba, porque él no tenía tiempo para deliberar en pensamientos esotéricos; como la vida y la muerte, y por qué un niño tan lleno de vida, tenía que sucumbir por simples enfermedades; como la diarrea, mala nutrición y deshidratación!* No habían mágicos instrumentos para erradicar los males, y aunque los diagnosticábamos y teníamos los medicamentos para tratarlos, la naturaleza de la selva misma que es el origen de casi todas las enfermedades los reclamaba de nuevo. *¿Cómo podría uno resolver esto? A menos que un esfuerzo masivo del Gobierno confrontara estos problemas. ¡Pero esto no pasará en mi tiempo, ni en el del doctor Jim!. Pero aún así, la satisfacción era salvar una vida más. ¡Lo que importaba en esta escena de gente desesperada, era sacar de estos “dantescos cuadros”, algunas almas para que vivieran un día más en estas prístinas, pero traicioneras selvas!*

Los días pasaban y yo podría haber permanecido allí por años y nada habría cambiado. Uno aprendía sobre enfermedades tropicales y su viviente patología, casi en un día. Una muestra de evacuación vista en el microscopio, mostraba todos los parásitos que uno necesitaba ver para aprender sus ciclos de reproducción y patología. Un solo paciente podía tener todas las infecciones tropicales, y en dos o tres días, se podía aprender a diagnosticar la mayoría de las enfermedades, y probablemente sería imposible curar ninguna de ellas, y tan sólo aliviar los síntomas, pero por un tiempo limitado.

El doctor Jim era generoso. Tenía una familia joven y se había adaptado al lugar y a la gente. En él yo veía la ausencia de vanidad y el rechazo al status social. Se sentía que era como los demás. A diferencia de algunos, que a veces, en esa posición tendrían la “cabeza en las nubes” y quizás no se sentirían “dignos” para ayudar a los de las clases no privilegiadas.

Recuerdo un día, muchos años atrás, cuando estaba en Huaraz y había terminado nuestro desfile militar del veintiocho de julio (día de la Independencia), un amigo y yo compramos unos barquillos de helados a un vendedor ambulante. Por la tarde, tenía una diarrea que no podía parar; mi temperatura era alta y al día siguiente presentaba un cuadro de severa deshidratación. El doctor vino a la casa, pero no entró al cuarto a examinarme, y en cambio, mandó a su asistente a verme, quedándose en el patio. En alta voz desde afuera, el médico le preguntaba al enfermero: “¿Tiene rigidez en el abdomen?, ¿cómo está su lengua?, ¿está su piel seca?, ¿qué temperatura tiene?, y así seguía. Su diagnosis fue fiebre tifoidea, y al paso que iba no había mucho que él pudiera hacer. En aquellos días, la penicilina estaba llegando al escenario médico como una droga milagrosa para todos los males infecciosos, pero no a esta remota ciudad tan lejos de la capital. Él me prescribió algo, pero probablemente, tan sólo para aliviar los síntomas y recomendó que me dieran bastante líquido. Mi madre estaba al lado de mi cama día y noche. Ella me daba toda clase de hierbas y pociones que eran remedios caseros, entre ellos le habían aconsejado que me dieran “testículos de cordero” hervidos en agua hasta que se reventaran. Me daba esta sopa como último recurso. A pocos días, mi padre viajó a Lima y consiguió penicilina que debía ser inyectada intramuscularmente cada cuatro horas por un sargento sanitario que dormía en nuestra casa, mientras estaba enfermo. Estoy seguro que mis colegas de enfermedades infecciosas, verán la penicilina con escepticismo como tratamiento para la fiebre tifoidea, pero sin embargo, después de un mes, y estando ya casi un esqueleto, empecé a recuperarme.

Ahora como médico, hundo mis manos en cualquier paciente, a veces sin ninguna otra razón que darle a esa persona alguna

esperanza, al igual que el doctor Jim, quien personalmente, examinaba a gente con lepra u otras enfermedades contagiosas, sin temor a contraerlas.

Pero en el tiempo que he conocido médicos, he visto arrogancia en algunos. Es posible que esa “reluctancia” en tocar ciertos pacientes, sea porque ellos saben de la inutilidad de esos gestos, o quizá porque han llegado a endurecerse por la abundancia de enfermedades. ¡Sólo Dios sabe!; los doctores somos humanos, y tenemos derecho también a nuestras idiosincrasias.

No podría criticar a este hospital, aunque en todo nosocomio, hay siempre razones para hacerlo; pero eso sería injusto aquí. Les caí bien a todos y llegué a ser parte de la familia. Traje optimismo y alegría porque soy una persona extrovertida, raras veces hablando de miserias o pesimismo frente a la gente. Ese es mi modo de no mostrar mi confusión interna. *Puedo hacer que los niños rían, puedo hablar con sus padres, puedo hacerles saber que yo vivía como ellos en junglas más aisladas y que no me he olvidado de esto y que ¡cuánto me gustaría hacer —mucho más— por ellos!*

*Es así que, el pasar del tiempo y los años vividos, estos dos compañeros de la vida, llegan a ser una amenaza. Ya no soy el médico joven que era, y probablemente no muy bien adaptado para los Andes donde el aire es tan tenue que a veces el solo respirar es un esfuerzo. Por otro lado, he sobrevivido dificultades y mis años añadidos son prueba de que soy un sobreviviente. A pesar de las circunstancias, el cuerpo puede acomodarse a lugares ásperos si uno toma el tiempo necesario para aclimatarse en áreas inclementes.*

Nuevamente, llegó el momento de partir. Había hecho buenos amigos y les prometí que volvería; ellos querían que regresara pronto. Me llevaron al aeropuerto. Las frecuentes familiares “des-

pedidas” han endurecido mi corazón y sólo podía reprimirla con la idea de volver. ¡Adiós, Pucallpa!, ¡adiós, doctor Jim!, tú fuiste un no celebrado Albert Schweitzer. Espero que este pequeño párrafo te haga justicia.

Aterricé en Lima. Ahora podría gozar de esta ciudad, que tiene un interesante pasado, llena de edificios coloniales, y lugares para ver, especialmente sus museos. Mi corazón rebosaba de alegría. Me sentía purificado quizás, por otro año. Era tiempo de regresar a Norteamérica, que ya empezaba a extrañar, y en cada viaje me doy cuenta de lo magnánimo que es ese país y cuánta esperanza hay allí; *¡pero también espero, que yo continúe el ejemplo de lo que hace grande a los Estados Unidos! ¡Y eso es su compasión!*

Una vez de regreso a San Diego y manejando a mi consultorio en Otay, la calle Main parecía desierta; sin veredas y sin gente. En mi local de consultas todo estaba en orden: los niños bien nutridos, nadie parecía que realmente estaba mal, pero aún así tenía niños enfermos, debido a la ubicación y tipo de población a la que yo atendía. Mi pequeño centro médico seguía creciendo a pesar de que mis colegas raramente enviaban gente a esta área. Mis pacientes eran y son mi fuente de referencia, ellos son mis aliados.

Algunos colegas cuestionaban mis frecuentes y prolongadas ausencias, pocos podían visualizar lo que yo estaba haciendo. Algunas veces era hasta embarazoso decirles dónde había estado. Pero este país es tan democrático, que uno puede hacer lo que le plazca sin la aprobación o desaprobación de otros, especialmente si uno está en control de su propio tiempo y economía para lograr las cosas que uno quiere hacer. En vez de cruceros o vacaciones, yo estaba contento en hacer mis misiones médicas en el Amazonas. Me sentía bien recompensado después de estos viajes, aunque mi

estado psíquico estaba deplorable y me tomaba varios días despojarme del deprimido sentimiento, del hedor de las enfermedades y la miseria de algunas partes de la selva.

Mi local estaba nuevamente empezando a verse pequeño. Comencé con planes para la edificación de una clínica más grande para la comunidad hispana, trayendo médicos latinos. Empecé a hacer contacto con médicos de habla hispana, usualmente graduados en el exterior. Muchos habían venido por falta de médicos a causa de la guerra de Vietnam, que había reclutado casi a todos los médicos americanos, incluso a mí. Muchos programas prestigiosos de residencia fueron cubiertos con esos médicos foráneos. También, debido a nuevos programas de acción afirmativa instituidos, muchas escuelas de Medicina estaban graduando más médicos de las minorías raciales, nacidos en este país. Algunos estaban interesados en venir a San Diego y empezar a practicar Medicina. Con este proyecto en mente, fui al Banco de América y nuevamente solicité la ayuda de la señora Mulosky. Ella no podía negar el éxito que tuve, y con un nuevo préstamo, procedí a ampliar el local, construyendo además una sala de radiografía y un laboratorio. Traje un obstetra y una pediatra, ambos mexicano-americanos. Después, traje otros médicos, y aun otros más se unieron a mí, incluyendo uno de Cuba, el doctor Ramón Moncada. Éramos todos como una familia, y cada uno estaba ocupado, tan pronto como colocaba su nombre en la puerta. Eran excelentes doctores y su conocimiento del español les ayudó en su meteórico éxito.

Una vez más, me entró el deseo por un viaje de regreso al Amazonas. Conocía Pucallpa y tenía muy buenas relaciones con el doctor Jim. Como lo hacía usualmente, no hice planes. Estaba cansado de la burocrática rutina en mi práctica de Medicina y dejé a

otro pediatra para que me reemplazara en mi ausencia. Llené mi mochila con instrumentos médicos y medicinas. Arreglé mi viaje, como antes, para las festividades de la Navidad y esta vez llevaba a mi hijo mayor, Roy. Salimos del aeropuerto de Los Angeles en traje de faena y sin artículos de valor que otros pasajeros generalmente llevan. Aterrizamos en Lima, y al día siguiente fuimos a Pucallpa, al Hospital Amazónico. Para mi incredulidad, el complejo médico estaba cerrado, algunos trabajadores que yo conocía todavía estaban allí, se veían tristes y faltos de optimismo. El lugar estaba desierto, parecía como un cementerio; los gritos de los niños y el hedor de las enfermedades no estaban más ahí. Las enfermeras, los doctores y los antropólogos se habían ido. Por razones políticas, el hospital estaba cerrado.

Empecé a darme cuenta, que como en muchas operaciones similares, el carisma de un individuo, hacía que tales instituciones funcionaran bien —una persona como el doctor Jim—, pero cuando el líder dejaba el lugar, con su ausencia todo terminaba. El entusiasmo, optimismo y dedicación al trabajo de esa persona, eran contagiosos. Cerrar un lugar como éste, era destructivo y un detrimento para la comunidad, y no había continuidad o plan para hallar otro médico con la filosofía del doctor Jim.

Un empleado me recibió y me dijo que esperara y que el nuevo director del hospital, un doctor de la localidad, vendría a hablarme. Me senté con mi hijo, sintiéndome un poco avergonzado por este inesperado incidente. Roy creía que yo iba a ser recibido por mucha gente, y que iba a trabajar bastante. Quería darle la enseñanza de lo bien que uno se siente cuando ayuda a otros. Desafortunadamente, el hospital ya no era lo que fue.

El médico apareció, era más bajo de estatura que yo y de com-

plexión más clara. Tenía el cabello perfectamente acicalado y vestía bien. Parecía descansado y sin ningún aparente problema. Le dije al guardián que nosotros esperaríamos hasta que él terminara su desayuno y luego nos llevara a su oficina (el doctor Jim creo no tenía oficina). Pacientemente esperamos leyendo algunas revistas de los años treinta, mientras yo me esmeraba en darle excusas a mi hijo. Finalmente, fuimos conducidos a la oficina del director. Me sentía incómodo y “apocado” como si fuera a una importante entrevista. Por alguna razón me sentía inquieto con él. Le dije que era un médico de los Estados Unidos, un pediatra y estaba dispuesto a trabajar como voluntario, y que sólo ése era el propósito de mi viaje. Le mencioné que había trabajado con el doctor Jim y que lamentaba su ausencia.

Él respondió y dijo: “Lo que se hacía en este hospital, no era la mejor solución para enfrentar el problema de la gente en esta región amazónica”. Él y el Gobierno estaban buscando un mejor método y estudiando la situación, y una vez instituido, sería más eficiente, porque cubriría áreas más extensas y el cuidado médico llegaría a más gente. Un plan grande que probablemente era lo que se debía hacer, pero todo estaba siendo estudiado en Lima. De todos modos, mis servicios no eran necesarios y allí no habían pacientes. Yo entendía de lo que él estaba hablando, pero el doctor Jim había hecho lo que sólo una persona podía hacer. ¿No era mejor ayudar a unos cuantos, mientras que un grandioso esquema estaba siendo diseñado? Yo estaba de acuerdo con el nuevo plan del Gobierno, pero en realidad, cerrar ese hospital era deplorable. Desde luego, lo que vi y oí era solamente lo superficial de la situación. Estoy seguro que habían justas e injustas razones que yo no podría explicar y es posible que pudiera estar equivocado. Otros médicos

foráneos como yo, probablemente seamos ingenuos, pero estábamos tratando de hacer algo por unos cuantos seres humanos que cruzan nuestro camino. No pretendíamos resolver los problemas de una nación, *¡aunque me gustaría intentarlo, y hacerlo!*

Le pedí al doctor si —por lo menos— podíamos pasar la noche, dado que habíamos planeado estar allí por algunos días. Él nos asignó para esa noche la casa vacía en la que había vivido el doctor Jim. Roy y yo fuimos allí; una casa de selva, ahora cerrada por meses, y donde encontramos cada rincón del lugar lleno de tarántulas y toda clase de insectos. Pasamos el atardecer matando esos arácnidos para disponer de un lugar seguro para dormir. Cansados de la “matanza” decidimos dormir sobre una mesa en medio del cuarto, ya que estaba libre de arañas. Pernoctar en una casa plagada de tarántulas parecía imposible, pero sin embargo lo hicimos y en la mañana siguiente, arreglamos nuestras mochilas y partimos de aquel lugar que alguna vez fue un concurrido hospital. Tomamos un avión para Iquitos y desde allí fuimos por barco a Nauta, donde los ríos Marañón y Ucayali se unen para formar el río Amazonas. El viaje por lancha fue una experiencia y me sentí tan joven como mi hijo. Gozamos la compañía de los viajeros ribereños del área y de un aventurero americano, que se nos unió en el viaje. Llegamos a Nauta, una pequeña ciudad sin doctores en ese tiempo. Me dirigí al alcalde de la ciudad y le dije que yo era médico y quería contar con su permiso para atender pacientes en la posta médica que estaba abandonada. El alcalde fue receptivo y me dio un papel en el que se leía: “En nombre del gobierno revolucionario, autorizo al doctor americano Carlos Sánchez, para dar ayuda médica a la gente de Nauta”. Él fue el primero en traer a sus hijos para ser examinados. A partir de ese momento, trabajé sin descanso viendo filas de gente

con dolencias mayores y menores. Este cambio de eventos fue quizás más satisfactorio para mí que trabajar en el hospital, porque tenía que hacer uso de mi propia “astucia clínica” y “empresarial” para manejar los casos, conseguir las medicinas y también podía enseñar al sanitario cómo cuidar de los enfermos. Mi hijo estaba contento por mí, porque al fin estaba ayudando a la gente, que es lo que quería hacer. Él se entretenía con el turista americano, y ellos eran bien tratados en razón de mi celebridad.

Permanecimos allí pocos días y fuimos por el río a otra villa pequeña para hacer lo mismo. Nuestra ayuda fue bienvenida. Yo estaba entretejiendo ideas para hacer el mismo tipo de trabajo en el futuro, siendo mi propio agente y creando algunas improvisadas clínicas móviles donde fueran necesitadas. Sin embargo, mi mentalidad americana, estaba consciente de posibles problemas médico-legales. Discutí mis preocupaciones legales con algunos médicos en el Amazonas y ellos negaron la posibilidad de juicios por inesperados malos resultados. Ahora, mis pensamientos eran construir o formar un barco-hospital, navegando por el Amazonas y sus tributarios, y llevando ayuda médica para llegar a más gente en las remotas áreas de la selva. *¡Estaba lleno de planes, pero corto de dinero, y lo más importante, corto de tiempo!* Dejé mis proyectos de lado para el futuro, con la esperanza de que algún día, tendría el tiempo y los recursos para hacer esto.

La idea de unirme con los gobernantes del Perú, siempre ha estado en mi mente para resolver estos problemas en cooperación con la población y el Gobierno, ¿por qué no? Mis intenciones eran sinceras y estaba deseoso de trabajar para este fin. Tenía una visión global y un conocimiento profundo de las necesidades del país, obtenidos en mis años de observación, vivencias y trabajo en los

más recónditos lugares del Perú.

*Pienso que la experiencia práctica es una mejor preparación para ayudar a un país en desarrollo, que la obtenida por alguien cuya experiencia esté rodeada por la confusión política del país, y además un buen gobierno vendrá de alguien que comprenda esto y también el pensamiento de los líderes de otras poderosas naciones que dominan la economía del mundo, especialmente los Estados Unidos y los países de Europa.*

*Este gran país, los Estados Unidos, ha sido forjado bajo los principios de derechos humanos, democracia y libertad. Esta nación usa el poder de "persuasión", esa capacidad de discutir y llegar al corazón de la gente y las instituciones; aún de las más grandes y monopolizadoras empresas. Aquí los líderes escuchan a sus electores, porque la mayoría de estos gobernantes son gente que ha llegado a la cima del poder por medio del arduo trabajo, independencia y honestidad; a pesar de que muchos de ellos provienen de humildes hogares, también saben jugar recio en el campo de la política. No descuentan a un individuo porque es negro, mestizo o pobre, a menos que esa persona sea incapaz de sentirse tan igual como ellos. Uno tiene que ser persistente para ser oído, y eventualmente llegar a un "consenso" por medio del "compromiso", tal como lo expresó en su libro "Prophiles in Courage", John F. Kennedy. En los países del tercer mundo, los líderes están predeterminados. En las naciones andinas, les sería inconcebible tener a un indígena o a un mestizo de tez oscura como presidente. La actitud de los mismos indígenas o mestizos es que ellos quisieran tener en el mando a una persona "de presencia", aunque esta idea ahora parece ser que está cambiando.*

*A través de los años, he visto a la mayoría de líderes de mi madre patria no ser dignos del pueblo, o si son buenos gobernantes; la gente no está unida para apoyarlos. La acumulación de problemas inherentes y*

*antiguas injusticias sociales, pueden sofocar al líder más capaz y benevolente. Las multitudes son difíciles de satisfacer y con tanta pluralidad de orígenes y distinción de clases sociales, ¡un buen gobierno se hace aún más difícil de alcanzar!, ¡pero algún día tiene que hacerse!*

*Nuestro mundo se está haciendo más pequeño y muchos países están viendo las necesidades de sus ciudadanos. La gente, a través de la información electrónica, está llegando a ser más instruida —acerca de lo que se necesita hacer— no sólo en algunos países, sino también, en el mundo entero, se necesita salvar este planeta, ¡que está decayendo a grandes pasos! Aun los países poderosos, son incapaces de controlar el hurto de la naturaleza y la desaparición de muchas especies en sus propias tierras, y nadie se propone discutir sobre la “superpoblación”.*

*Soy creyente, pero pienso que el paraíso donde la gente de bien va, es un lugar como la Tierra y ese paraíso está aquí. Hemos explorado el espacio y hasta ahora todo lo que hemos visto en ese vacío del universo, son planetas que se están fundiendo o congelando en inimaginables temperaturas en las que sólo los átomos sobreviven en tremenda y catastrófica agitación. ¿Dónde más, sino en esta Tierra, uno puede encontrar lagos cristalinos, verdes florestas, inmensos océanos, majestuosas montañas y diversas especies de vida? ¡Si esta tierra no es un paraíso, yo no sé qué es!, y nosotros estamos buscando en el espacio, por algo que ya tenemos aquí. Lo que necesitamos es paz espiritual para gozar de este diminuto punto azul en el espacio, creado por Dios que llamamos Tierra; y necesitamos mantenerla intacta y preservarla tan naturalmente como sea posible. Desafortunadamente el hombre y las naciones, están continuamente pensando cómo mejorar sus destinos, pero en este proceso están destruyendo nuestro planeta. Estos son ensayos del pensamiento, pero volviendo a la realidad siento que mientras voy pasando por esta corta vida, lo que he hecho o hago, al fin y al cabo, no tendrá*

*ninguna significativa contribución en el cambio de mi país de origen, o quizás en mí mismo!*

Regresé a Lima, y la rutina era tan materialista, que me puse a meditar sobre la psicología de la nación y de la gente. Trataba de comprender qué sucedió en los años que estuve ausente del Perú. ¡Qué es lo que había perdido y qué es lo que había ganado!

Regresé a Estados Unidos y a mi consultorio. Por ahora los nuevos médicos latinos estaban llegando en gran número. Recuerdo que en los inicios de los años 1970, cuando fui a la reunión de médicos de un hospital por primera vez, no había quién me presentara como nuevo miembro. Todos eran americanos y yo era el único “latino”. Mi objetivo era ser considerado como uno de ellos, y me presenté yo mismo con algunos comentarios y así fui aceptado.

Los nuevos médicos hispanos formaron un pequeño grupo que estaba creciendo y yo era la persona que de algún modo daba un grado de confianza para algunos de ellos. No tenía problemas para conducirme con cualquier raza o segmento de gente. Estaba contento que muchos vinieran para dar cuidado médico a la comunidad latina. Algunos de ellos provenían, supuestamente, de clases privilegiadas y sus agendas eran diferentes a las mías.

*Pero este país es tan diverso y magnánimo que hay espacio para toda idiosincrasia y tarde o temprano, todos llegarán a sentir la esencia de lo que es ser un “verdadero americano” y esto no es necesariamente ser rubio, de ojos azules o piel blanca, sino ser alguien que trabaje como parte de una sociedad homogénea y aún mantener su individualidad; una persona que pueda sentir orgullo de sus humildes orígenes y que se haya formado por sus propios esfuerzos, no por el nombre de la familia, dinero o estrato social.*

*Raras veces uno escucha a americanos vanagloriándose de sus riquezas heredadas o de sus posiciones privilegiadas. Ellos, muy por el*

*contrario, son tímidos en manifestar sus situaciones exclusivas y aprecian a la gente que ha llegado a ser algo por sí misma, mientras que algunos recién llegados, especialmente de latinoamérica, traen consigo profundas ideas anticuadas y arraigadas en distinción de clases. Es así que en la mayoría de las estaciones de televisión hispana, se ve solamente un segmento de raza representado en sus locutores. Uno podría pensar que los países sudamericanos no tienen indios, negros, mulatos o mestizos; mientras que en la televisión americana hay muchas razas representadas, aunque esto no fue tan fácil; la gente sin privilegio luchó y lucha por ello; uno podría decir que la igualdad racial está sucediendo, probablemente no tan rápido en la mente de los discriminados, pero está ocurriendo en esta generación. Soy testigo y he experimentado los cambios y la continua disminución de la discriminación racial desde que vine hace varios años a este país.*

*¿Qué es lo que tiene que hacer mi país de nacimiento con este problema de la desigualdad racial, que es psicosocial, cultural y ancestral? Ahora, la fragmentación de las clases sociales; son más divisorias y notorias. Las masas de indígenas y mestizos, se están reproduciendo en un alto índice, en tanto que los criollos, están dejando el país o reproduciéndose menos. Cada raza o clase es parte de este país, y todos deben trabajar juntos. Después de todo, los peruanos son "hechos" de la misma tierra, aunque con diferentes tonos de color; pero todos ellos aman al país que les dio el primer hálito de aire y sus rayos de luz. Los privilegiados, también tienen derecho a la tierra que los vio nacer. No es su culpa que hayan nacido en ese estrato social, pero el problema está en la aceptación del uno al otro por lo que son —Peruanos— que se han procreado y han vivido en mestizaje por siglos, desde la llegada de los conquistadores.*

*Estados Unidos es una gran nación y su grandeza no es aún sólida como una roca, pero lo está consiguiendo; no por su riqueza, sino por la*

*“aceptación” de sus diversas gentes y el “respeto” por todos. Muchas veces estas metas están conseguidas voluntariamente o por la institución de leyes estrictas y justas. “Uncle Sam” es testarudo; el águila es más rapaz que el cóndor y su habilidad está vista en la bella faz del águila.*